

LAS CRONICAS DE ANTONIO VALENCIA

"Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca", en la Comedia (4-1-77)

José Martín Recuerda es uno de los autores "malditos" y la lista de sus obras muestra constantes cicatrices de la censura. "Eppur, si mouve". Estrenó desde "El teatrillo de don Ramón" en Madrid dos obras, en el Español nada menos. No gustaron mucho en su día. Ha estrenado otra sobras aquí y allá. El viernes estrenó en la Comedia, entre grandes clamores, "Las arrecogías...", obra de 1970, que ha estado "arrecogía" también cinco años. El año pasado le votábamos el segundo premio Lope de Vega por "El engaño", que es una obra del género violento o, como dice Ruiz Ramón, perteneciente a la dramaturgia de la violación. Creo que habrá que echar cuenta a la censura, tan encarnizada, al parecer, con Martín Recuerda, no las limitaciones y arañazos de cada obra, sino el curso violento del teatro del autor. Para bien o para mal, que esto se verá algún día, y no ahora precisamente, en pleno vórtice. Lo malo de la censura no es lo que destruye, sino lo que "construye" a los autores que la sufren.

"Las arrecogías..." es un drama en torno a la figura de Mariana Pineda, la heroína liberal granadina, que presentó en su día teatralmente otro granadino bien ilustre, como la protagonista y Martín Recuerda: García Lorca. Es excelente la intuición teatral de Martín Recuerda al rebasar por completo el cuadro del romancillo de Mariana Pineda y presentarla como una activista de la libertad, nada estrecha ni pacata en el uso del lecho en su servicio. Al parecer, la documentación posterior ha confirmado que en el cuadro del beaterio la intuición del autor también se acercó a la realidad. Junto a las mujeres clausuradas para su reformación moral había detenidas políticas, y por allí pasó Mariana Pineda junto con un friso de mujeres de varia laya. Una y otra cosa son un hermoso arranque y planteamiento de obra de teatro y al mismo tiempo, su primera limitación, convertir la obra en un retablo invariable que no muestra unas cambiantes, tornosoladas pasiones y acciones humanas (y cuando intenta mostrarlas fracasa lamentablemente), sino un clima humano de grito y declamación casi permanente y sólo alternado por algunos matices de contraste que contribuyen a la textura del retablo, como sones y cantes con aire de zambra liberal y sonidos externos de procesiones y plaza de toros. Todo ello, por supuesto, en el ambiente conventual-carcelario, con una dotación de monjas armadas de rebenque (en realidad son "monjos", porque se interpreta por varones) para atizar candela a las detenidas.

Quien se contente con esto, con el negro ambiente de la represión al hispánico modo y sus transparencias desde la época fernandina a otras épocas, hallarán conseguida la obra de Martín Recuerda, tanto más cuanto que la dirección de Adolfo Marsillach ha subrayado este carácter con la violencia de un chafarrinón hispánico y el esquematismo de una pintada sobre el escenario. No hay que ocultar que ello es coherente, que está conseguido con virtuosismo y efectividad sobre el público, que mostró su entusiasmo y corrió con sus aplausos el grito permanente que brotaba del escenario. Para eso está concebida la obra, dispuestas sus escenas, arreglados sus efectos. El resto de los elementos que concurren o deben concurrir a una obra teatral es harto débil, melodramático, externo, gratuito en sus escenas, pleno de parlamentos acabados en punta, provisto de un "malo", el famoso Pedrosa de la historia, mucho más imbécil que feote o absolutista. La historia de Mariana Pineda está reducida a su acorde con el grupo popular femenino



La escena de la gitanilla. A la derecha, Concha Velasco en el papel de Mariana Pineda

"arrecogio", y los latiguillos que suelta la heroína—confusísima teatralmente u osulta por el griterio—ocupa todo lo demás. La escena con su amado Brodett no hace sino reproducir la central de "Tosca". En suma, que el drama es más que débil, inexistente en todo lo subyacente al criterio político que la integra y a la suma de sus efectos, que no se sabe si han brotado del dramaturgo o del director, muy eficaz en ellos, como de costumbre. Se comprende que, después de haber montado el "Marat-Sade", el expresionismo elemental de "Las arrecogías..." era coser y cantar.

La obra tuvo un éxito indudable, clamoroso, muy dispuesto y concorde con el aire que sopla del escenario. Saludaron todos, habló el autor, aplaudía el público a los del escenario y éstos devolvían los aplausos, que iban de un lado a otro de la corbata, como en un "match" de tenis. Los intérpretes actuaron a tono con el carácter de la obra, con el desgarramiento popular y expresionista requerido, con violencia verbal y gestual y con el descuido indumentario congruente. María Luisa Ponte, Carmen Lozano, Margarita García Ortega, Pilar Bardem, María Paz Ballesteros, Pilar Muñoz, Natalia Duarte, Mercedes Lescano y Maribel Añes compusieron el grupo de las reclusas. La reverenda encargada de pronunciar el nombre del "Deseado", como si fuese el de Jesucristo, fue Mariuja García Alonso; Alicia Sánchez interpretó a sor Encarnación, la monja que se rebela por la ocultación del trono y el altar. Es un tipo, según se ve, auténtico, pero está metido en la obra, desde el punto de vista teatral, económica y foradamente. Luego están los "monjos" y los dos papeles masculinos, que son más bien tópicos y desmedrados e interpretan Antonio Iranzo y Francisco Marso, en Pedrosa y Brodett. Y, finalmente, hablaremos de Conquita Velasco, que soportó el papel principal, declamó con su claro acento y dicción cuanta frase de punta tenía su papel, y, en cambio, se borró en otros matices, quedando convertida en hermoso "nino!" liberal. En conjunto, la interpretación fue mejor en el tono violento que en el que exigía matización, y tiró a lo melodramático. Fue una lástima, porque el punto de partida de la "otra" Mariana Pineda que plantea el autor y hasta su situación en el beaterio eran bien atractivos. Pero la atracción del retablo popular y coral inmovilizó el conjunto, y luego, claro, la inevitable politización, que convoca el grito y pinta las cosas de un solo color con grandes letras sobre la pared. A Martín Recuerda, que vale, indudablemente, habrá que esperar que sosiegue e intelectualice su cupo de violencia, su furia española. ¡Ay de los violentos!